

va siempre a buscar más allá, más adentro, en la propia fuente soterrada que cruza a sus pies, las puras y frescas intuiciones de la vida. Un amor le anima, y la quietud se hace propicia al milagro.

LA IMITACION DE LAS COSAS

LAS cosas suponen en orden preestablecido, colocado por encima de nosotros, al que nos es fatal someternos, cuando menos, e interpretarlo si queremos vivir la vida con toda plenitud. Penetrarnos de las cosas, trabar intimidad con ellas, equivale a hallar en su tercera dimensión—dimensión de profundidad—múltiples e insospechadas perspectivas que ampliarán infinitamente nuestro mundo de realidades. Las cosas son como intermediarias entre nuestro espíritu y la vida, y para quien no sepa hallar en ellas su oculto sentido, no será comprensible el sentimiento trágico de la existencia. «Por los ojos te salvarás», ha dicho Alfonso Reyes, y ya Goethe había expresado: «El órgano con que yo he comprendido el mundo es el ojo». La vida plena nos llegará de nuestro trato amoroso y comprensivo con lo que llamamos inanimado; y hasta posible será que después de mucho andar, nos lleven a encontrarnos a nosotros mismos. «Abrazémonos a las hermanas cosas, nuestras maestras; ellas son las virtuosas, las verdaderas, las eternas», dice Ortega y Gasset en el lenguaje de Francisco de Asís. Abrazémoslas, abrámosles nuestro corazón, que ellas en cambio nos prodigarán tesoros de emociones. Mas en vano nos acercaremos a las cosas si no vamos alentados por el afán de comprender, porque sólo ante el amor ellas dejarán de ser herméticas.

Laten mil corazones en el viento (¿corazones de las cosas?) y el tosco oído no percibe su rumor. Mas ello nada prueba. Llega un Rodembach o un Francis Jammes, y a través del amor interpreta las misteriosas palpitations del silencio, del estanque dormido, y aun la vocesita algo cascada del viejo aparador familiar.

Recuerda Ortega y Gasset la luz de Rembrandt, la atmósfera lumínica e irradiante en que aparecen envueltos los más humildes objetos como si el artista hubiera querido santificarlos con la aureola de la plenitud. Esto que con su luz hacía el autor de la «Ronda Nocturna», hagámoslo nosotros con nuestro amor, derramándolo sobre las cosas circundantes, que ellas resplandecerán con el más prístino brillo, mostrándonos en todo su posible sentido y esplendor.

AMOR INTELLECTUALIS

HUBO un tiempo en que vivieron hombres consagrados al más puro des-

interés y al más acendrado amor intelectual. Ellos sabían despertar las inteligencias, llevándolas a la serena cumbre de la especulación, tal como Leibnitz hizo. Era el mundo menos utilitario, y los hombres concedían más importancia a la vida espiritual.

Mucho se ha perdido de entonces acá; el lazo de amor que atraía las inteligencias es difícil hallarlo en nuestro tiempo, en que no existen sino esfuerzos individuales y aislados. Falta los hombres de buena voluntad, y cuando aparece uno, vemos con asom-

puiera ser para los españoles, aparecido en un instante de ansiedad, en que los espíritus necesitaban orientación. El ha traído esa doctrina de amor de que tanto menester había, y la ha ofrecido piadosamente a la juventud, «presentándoles el espectáculo de un hombre agitado por el vivo afán de comprender». Es esta la actividad de amor que él quiere contagiar a los demás: el *afán de comprensión*.

POLITICA Y LITERATURA

A propósito de las dos tendencias fundamentales que lo solicitan — la filosofía y la literatura — sospecha Alfonso Reyes que «la primera, ayudada por cierta pendiente de su temperamento, lo arrastra fácilmente hacia la política». La política es el peligro, la constante amenaza contra la cual todos debemos precavernos. Tratándose de un «pensamiento vigoroso» como el de Ortega y Gasset, y de una vocación estricta hacia la filosofía, como nos ha parecido la suya, creemos que le será fácil prevenirse, desdiciendo el campo impuro de la política, en que se halla el pasto más propicio al desengaño y a la esterilidad. Para un pensamiento vigoroso, la política no puede ser una vocación; será, en todo caso, un doloroso elemento de tragedia. Pensemos, además, en que después de «Vieja y nueva política», que fué su primer libro, Ortega y Gasset nos dió las insuperadas páginas de «Meditaciones del Quijote» y los dos volúmenes de *El Espectador*. La política dió tema al primero; los demás son libres meditaciones de sentido filosófico casi siempre; personales y excelentes ensayos literarios otras veces; pero la política ha quedado relegada a incidentales menciones exclamativas, y tenemos la esperanza de que alguna vez quede relegada al olvido. Como dice Alfonso Reyes «Ya reacciona él solo, por espontánea nobleza, contra su único y verdadero peligro».

Comprendemos que le haya preocupado el desenvolvimiento político de su patria: pero en política es posible aplicar, como en lo demás, la pedagogía de la alusión, «la única pedagogía delicada y fecunda», según él nos ha dicho. Ya los males han sido señalados; ahora, que escuche las palabras del amigo: «¡Oh, no caigas tú, noble amigo, en la sima de las lamentaciones!»... Escribe sólo sobre las cosas que amas, y sonríe más bien...» Recuerda, agregaríamos, la cita de Platón: «El espíritu que mejor ha percibido las esencias y la verdad, deberá formar un hombre que se consagre a la sabiduría, a la belleza, a las Musas y al amor».

La Habana, 1917.

(Envío del autor).

Era en la somnolencia...

(Era en la somnolencia del crepúsculo, de un crepúsculo rojo cual su boca, fragante y purpurina, y había paz en la tierra... y en el cielo...)

Y díjole al Señor:

Hazlo tan bueno como un rayo sutil de primavera, como la hoja mustia y como el viento.

Hazlo, Señor:

Como la brisa suave que armoniza gemidos en las frondas, como la clara fuente cristalina, como el lirio, Señor... y como el ave...!

(La paz crepuscular se fué extendiendo dejando un tono gris sobre el paisaje, y en la vecina torre de la iglesia las campanas sonoras desgranaban el Angelus...)

Y murmuró: Señor,

hazlo tan puro como el plumaje blanco de una garza, como las alas de las mariposas, como la luz, Señor... y como el agua...!

(Una alondra cantó desde una acacia... Y en la paz del villorrio campesino, al sollozar del céfiro doliente, escuchóse un arrullo y un suspiro...)

ELVIRA CONTRERAS DAZA.

(El Diario Nacional, Bogotá).

bro cómo es aún posible resucitar el clásico amor especulativo. Si nos trae una doctrina de amor, él podrá cosecharnos aquella secreta abundancia de la verdad, de que Nietzsche hablaba, y muchos seguirán su ejemplo, creando como un fresco oasis intelectual en la aridez de la arena.

En torno a ese hombre surgirán otros espíritus contemplativos, contagiados de su anhelo, que afanosamente buscarán también su verdad. Y ved cómo irá levantándose, por la virtud de un espíritu selecto, un claro templo de amor en que, integrándose con todas las verdades singulares, podrá surgir al fin un aspecto de la verdad única.

No otro que José Ortega y Gasset